

Economía abierta y Estado clausurado La emergencia de nuevos patrones educativos y culturales¹

Francisco Delich*

A comienzos de la década de los ochenta, el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) había ingresado en su ocaso definitivo. En algunos países de la región, había cumplido un ciclo interesante de modernización económica y social. En otros, no llegó a implementarse completamente. Pero sus consecuencias reales o deseadas y su incompatibilidad con el nuevo orden económico internacional, lo condenaron.

En cualquier caso, independientemente de los matices y circunstancias, sabemos ahora que un período histórico ha concluido; el que comenzó inmediatamente después de la gran depresión económica en 1929 y terminó con la caída del muro de Berlín en 1989. Esos sesenta años, señalados entre estas dos fechas, mostraron una evolución relativamente constante entre desarrollo económico, mutación social y evolución política. Estrictamente, el modelo vigente entonces tenía una forma, una articulación específica entre las cuatro dimensiones centrales de un análisis sociológico histórico: **El Estado, la Nación, el Mercado y la Sociedad Civil.**

Una formidable consistencia potenció tanto sus efectos queridos como no queridos. Consistencia, como se verá, no significa necesariamente un funcionamiento adecuado ni deseable. El modelo supuso, en América latina, privilegiar la acumulación de capital –el desarrollo– por encima de la forma política: la democracia.

En esta presentación, en primer lugar, me referiré a tres de estos cuatro actores, el Estado y el Mercado y a una de sus consecuencias, la emergencia de condiciones y estrategias educativas y culturales. Luego, en un segundo momento, vincularé estos cambios de modelo con una relectura de viejos debates entre arte e industria; ética y estética; sociedad civil y sistema político.

1. No es conveniente extender las hipótesis acerca del colapso del Estado de Bienestar a la crisis y virtual colapso de los Estados emergentes en América latina. El populismo que caracterizó a muchos de estos Estados en el período a que hago referencia, tiene similitudes pero no es identificable al modelo Estado de Bienestar. Fundamentalmente porque: a) los Estados emergentes prescindieron de la democracia en la mayor parte de su evolución. Fueron, a veces, formalmente democráticos, en ocasiones contuvieron regímenes autoritarios cuando no fuertemente totalitarios, y la mayor parte de las veces un péndulo de gobiernos formal/

* Universidad Nacional de Córdoba

democráticos/ golpes militares a los que seguía transiciones indefinidas entre unos y otros. b) Los Estados emergentes, en los últimos cuarenta años, tuvieron escasa diferenciación con los respectivos gobiernos. A diferencia del Estado de Bienestar de los países centrales, donde la diferencia entre Estado y gobierno era apreciable (particularmente en los sistemas políticos parlamentarios), en los países de la región la promiscuidad entre el Estado, gobierno y liderazgo era a veces total. El verticalismo y la centralización establecieron las condiciones ideales para la sucesión de gobiernos “fuertes”, autoritarios y condicionaron al propio Estado, más allá de las aventuras personales. c) La seguridad y la integración fueron más importantes que el bienestar. Durante medio siglo el “comunismo” y la “libanización” fueron parte de la retórica política usual en muchos de estos países; de allí la preeminencia del valor “nación” sobre el valor “justicia social”, del valor “seguridad” sobre el valor “democracia”.

2. Un examen más atento seguramente encontraría otros elementos de diferenciación igualmente significativos. Pero ratificaría la diferencia entre el Estado de Bienestar tal como se difundió en Europa y los Estados emergentes a los que estamos aludiendo.

No era un Estado de Bienestar, pero tampoco un Estado neutro en el sentido liberal del concepto. Más bien, un Estado peligrosamente promiscuo: incapaz de definir sus límites en relación al gobierno, a las organizaciones corporativas, a la sociedad civil y al propio mercado. Los esfuerzos de separación, condición indispensable para cualquier estrategia de articulación fracasaron invariablemente. Probablemente porque ni el Estado tenía poder autónomo suficiente, ni las organizaciones corporativas capacidad de sostener en el mediano plazo sus propios intereses. Esta es, por lo demás, la diferencia más importante entre el poder corporativo asociado al Estado emergente y el surgimiento y consolidación de una burguesía industrial o comercial en los términos de los análisis sociológicos clásicos.

3. En el contexto del ISI, someramente descrito, el rol del mercado es mínimo comparado al Estado emergente; sus consecuencias muy importantes, aun en áreas que, aparentemente no le estaban directamente asignadas o referidas, como por ejemplo las estrategias científico-tecnológicas.

En parte se trata de una comprobación: en algunos países el Mercado era extremadamente pequeño en relación a la población del país. El Mercado en Brasil fue durante mucho tiempo São Paulo, Río de Janeiro y algún otro conglomerado urbano. En Argentina fue Buenos Aires y la pampa húmeda que la rodeaba. En Paraguay apenas Asunción, casi una aldea, antes de la construcción de Itaipú. El Mercado había que inventarlo, crearlo para que jugara un rol.

Es cierto que también el Estado debía ser inventado, pero contaba con un clima ideológico favorable por la extrema debilidad de la sociedad civil.

Un primer prerrequisito de esta ampliación era forzosamente la transformación

sustancial de las estructuras agrarias, marcadas en la mayoría de los países (éstas son consideraciones muy generales, no son válidas para cada uno de los países puntualmente examinados) por la ya conocida relación latifundio-minifundio; por un bajo nivel de productividad; fuerte presión de la población sobre el empleo y sobre la tierra, o sí se prefiere, alta disponibilidad potencial de mano de obra. Como veremos después, las mutaciones agrarias son altamente significativas, aunque no necesariamente producto de políticas bien planificadas, y aun cuando fuera así, las consecuencias de estas transformaciones no fueron las que los planificadores previeron. América latina conoció así transformaciones sociales muy intensas, de las que señalaré únicamente aquéllas que son pertinentes para este análisis:

a) industrializar, como se sabe, implica difundir en el conjunto de la sociedad modelos de racionalización y organización industriales. Esto no ocurrió en la mayoría de las sociedades latinoamericanas afectadas por procesos de industrialización emergentes de la aplicación del modelo de sustitución de importaciones. No obstante, dos factores sociales emergieron, se expandieron, o bien se consolidaron: las llamadas burguesías industriales-nacionales por una parte, y las clases obreras urbano-industriales, por otra. La pirámide social de estos países, se vio, en consecuencia, intensamente alterada y, entonces, las conductas sociales, las relaciones sociales en su conjunto, ya sea examinadas a nivel de estructura o acción de clases, se vieron conmovidas.

b) Simultáneamente, los grupos oligárquicos que representaban los proyectos sociales más retardatarios y que asentaban su poder en las formas productivas más atrasadas particularmente en el campo, vieron disminuido su poder, siempre, y en muchos casos desaparecieron virtualmente del escenario social como protagonistas de alguna significación.

c) Se difundieron en no pocos países sectores urbanos medios, acerca de lo cual algo diremos en las páginas siguientes.

d) Las ciudades latinoamericanas se vieron sacudidas por la más fuerte migración que registra la historia regional. En unos pocos años, ciudades como Río de Janeiro, São Paulo, Buenos Aires, Bogotá, Ciudad de México, vieron a veces duplicada su población; aparecieron las llamadas *favelas*, villas miserias, barriadas, etc. y este nuevo contingente social que se agrupó en torno a las ciudades no tuvo durante muchos años una ubicación precisa en, no sólo la estructura urbana de la ciudad, sino en el conjunto de la sociedad. No es casual que por los años sesenta toda esta problemática ligada a la marginalidad social generada por este modelo de desarrollo haya predominado en nuestras ciencias sociales.

e) Como se señaló, una mutación sensible, en términos sociales, en el campo, desaparición en muchos casos de los sectores altos en la cúspide, huecos, por llamarlo así, sociales por la migración, aparición y difusión de nuevas formas productivas (cooperativas) etc. Este modelo de desarrollo generó, entonces, una muy

fuerte movilización en las sociedades, que se tradujo naturalmente por una no menos fuerte presión sobre el sistema social, por una parte, y sobre los sistemas políticos, por otra.

Estos treinta años vieron aparecer en muchos países de América latina fuertes movimientos populares, o si se prefiere, movimientos populares con una fuerte base social que, no siempre pudieron integrarse al sistema y que no obstante, fueron protagonistas de estos treinta años de historia, marcados por una dialéctica entre el autoritarismo irracional por una parte, y por otra, por la presión emergente de estos sectores populares incapaces de darse una organización y un proyecto compatibles con la mutación de la sociedad.

La ausencia de mercado y la simétrica expansión de la actividad económica, financiera y administrativa del aparato estatal, no contribuyen como en el Japón del siglo XIX, o en la Unión Soviética, o en la Alemania de los años treinta, a la acumulación de capital; la economía de preparación de la guerra, recortaba al Mercado pero también al propio Estado en su faz distribucionista.

La restricción al mercado y la creciente inviabilidad de la fijación de precios reales de los servicios públicos, sus consecuencias, sus políticas a las que me he referido extensamente en mi *Colapso del Estado* (Delich: 1996) no permitieron una acumulación de capital acorde con las necesidades de un crecimiento autosostenido. Entonces colapsó también el modelo mismo.

En realidad como se advierte, el colapso de una forma de Estado y de un modelo de desarrollo es la inevitable crisis de la relación entre ambos: lo que ahora denominamos crisis de articulación entre uno y otro.

En situaciones de altísima velocidad histórica como la que vivimos en este fin de siglo, se aprecian con facilidad las transformaciones porque sus efectos son ahora inmediatos, aunque de impactos poco duraderos; con dificultad creciente podemos, en cambio, analizar las mutaciones, de las cuales las transformaciones son apenas epifenómenos.

Las transformaciones objetivas de la sociedad, para utilizar el viejo y bastante gastado lenguaje de comienzos del siglo XX, son seguidas por transferir acciones subjetivas que a la vez auguran más alteraciones objetivas.

Probablemente, una de las manifestaciones más agudas y visibles puede atravesarse a través de la mutación conceptual: idénticos fonemas tienen significado distinto cuando no antitético.

En este modelo colapsado tanto la Educación como la Cultura eran parte de la estrategia estatal. El Mercado era por definición ideológica un espacio ajeno -y perturbador- tanto para el arte como para la educación.

4. Las instituciones educativas y culturales están obligadas a una reconsideración de su posición, misiones y funciones en las sociedades, a partir de las nuevas relaciones Estado/Mercado y entre ambos y la denominada sociedad civil.

El Estado democrático, de amplísima legitimidad y consenso en América latina, es ahora una condición para el crecimiento económico por dos razones: a) porque es la condición de estabilidad económica (a diferencia de lo ya ocurrido durante el modelo ISI en el cual se suponía que la acumulación de capital era incompatible con la democracia) y b) porque la memoria de la violencia está presente en las sociedades, particularmente la forma de violencia más temible: el terrorismo de Estado.

Aunque retraído en relación al Estado productor, administrador, el nuevo Estado se reduce y clausura su actividad en no pocas esferas, virtualmente abandonando por completo toda actividad productiva para fortalecer alguna de sus funciones irrenunciables: la seguridad física y jurídica, la educación, la administración de justicia. Actividades industriales y comerciales, que el Estado aseguró durante décadas, son trasladadas, ya sea en términos de propiedad o como concesiones (servicios públicos) o gestión privada de actividad estatal, al mercado.

Sin embargo, esta retracción de la actividad estatal no debería debilitarlo sin fortalecer su naturaleza política y garantizar la transparencia del Mercado, a condición de fortalecer efectivamente sus funciones irrenunciables.

Aparentemente el Estado se reduce y el mercado se fortalece a partir de la ampliación de sus fronteras. Pero también es cierto que la lógica que impone el Estado y aquella que sostiene el mercado presentan los primeros síntomas que se contradicen en sus objetivos y resultados.

En efecto, la lógica del Estado se asienta sobre la inclusión de los ciudadanos, mientras que la del mercado lo hace sobre la competencia y selectividad, es decir sobre la virtual exclusión de los no competitivos y de los no seleccionados.

La educación sistémica, considerada formalmente, es justamente uno de los lazos más sólidos que reúnen al Estado con la Sociedad (pasando o sin pasar por el mercado), justamente por su carácter inclusivo.

Por una parte, el Estado está ampliando la educación obligatoria: incluye la obligatoriedad de los dos primeros años de la antigua escuela secundaria y un primer año de educación inicial, antes optativa, en el viejo esquema de la escuela primaria. En otros países se altera el esquema organizativo pero se mantiene la prolongación de la escolaridad obligatoria.

Desde el Estado se atiende fundamentalmente a la **cantidad** de educación recibida y a algunos de sus contenidos básicos. Se tienen en cuenta algunos rasgos de la globalización económica, (se otorga prioridad a la enseñanza del idioma inglés, aun en los primeros años de escolaridad) la modernización tecnológica (se instalan computadoras PC en las aulas) y se alienta la diversidad en la formación laboral.

El Estado establece, estrictamente, a través de la educación obligatoria, el mínimo común denominador para todos los ciudadanos. El Mercado se encarga de los aspectos cualitativos y de los selectivos. La enseñanza privada apunta justamente

a este segundo momento de la educación. Esto es particularmente evidente en la formación terciaria y cuaternaria: el ímpetu de las nuevas universidades privadas en el terciario a nivel posgrado demuestra esta sensibilidad del mercado a las nuevas realidades, para decirlo como Drucker (y para extraer conclusiones parecidas) en esta materia. El retiro de la educación pública en la construcción de calidad no es deseable porque compromete también el destino de la ciudadanía.

El Estado y el Mercado parecen disputar, porque entre ambos existe una cierta zona gris. El Estado no solo prioriza la funciones básicas: debe tener en cuenta la equidad social. El Mercado **supone** la formación básica y prioriza sus necesidades a corto, mediano y largo plazo.

Porque existen estas lógicas distintas entre el Estado y el Mercado, porque ambos intersuponen la existencia del otro (no hay Mercado libre y transparente sin Estado democrático) pero también compiten por imponer sus principios lógicos; en el espacio social, la llamada Sociedad Civil que no se confunde con el Mercado ni funciona con sus parámetros, se ve en permanentemente tensión entre estos dos grandes polos de atracción.

Si el Estado deserta de su misión y se auto clausura, la equidad se compromete gravemente, y también la ciudadanía, porque predomina la lógica de la selectividad. Si el Mercado es obviado y predomina la lógica del Estado, fatalmente la educación se burocratiza y pierde calidad. Es en esta articulación de estas lógicas contradictorias donde reside la posibilidad de lograr calidad y equidad.

5.

Quien habla de cultura habla también de administración, quiéralo o no. El reunir bajo la palabra única de cultura cosas con denominador tan distinto como filosofía y religión, arte y ciencia, formas de modo de vivir y moralidad y, finalmente, el espíritu objetivo de una época, traiciona de antemano la mirada administrativa, que, desde lo alto, acumula, reparte, pondera, organiza.

escribió T. W. Adorno. Sin embargo, agrega

Mas a la vez y justamente de acuerdo con conceptos alemanes, la cultura se contrapone a la administración: tendría que ser lo más alto y puro, lo que no esté manoseado ni aderezado mediante ninguna consideración táctica ni técnica. En el lenguaje de la formación o educación se llama a esto autonomía, y la opinión corriente asocia a ella de buena gana la personalidad.

La cultura sería la manifestación de la esencia humana pura, sin consideración de las unidades funcionales de la sociedad. Y el que la palabra cultura no pueda eludirse pese a sus resonancias de autojustificación, indica cómo la mil veces justamente criticada categoría del mundo tal como es, del mundo administrado, es

conveniente y conjurada; no obstante lo cual, nadie que tenga algo de sensibilidad se encontrará libre del malestar por la cultura como algo administrado.

Cuanto más se hace por la cultura, tanto peor para ella, según lo formuló Eduard Steuermann; paradoja que habría de desarrollarse así: se la perjudica si se la planea y administra; pero si se la abandona a sí misma, no solo queda amenazado todo lo cultural, con la pérdida de la posibilidad de ejercer un efecto, sino con la pérdida de la existencia. Ni hemos de aceptar sin crítica el concepto ingenuo de cultura, hace ya mucho cruzado por ideas propias de negociados, ni -denegado conservadoramente- hemos de quedarnos con lo que le ocurra en la época de su organización integral.

Administración, en el texto de Adorno remite directa y explícitamente a Weber para quien, como se sabe, es un concepto positivo. La administración (estatal) supone predominio de la racionalidad sobre la irracionalidad, de las reglas sobre los contenidos, de los intereses generales sobre los intereses particulares.

La administración, en este sentido, es condición de política cultural, pero como se advierte también, colisiona no tanto con la idea como con la práctica artística cultural.

Para Adorno, la cultura tiene tres atributos constituyentes: la autonomía, la espontaneidad y la crítica. La administración sin duda los opaca. ¿El mercado los alienta? No necesariamente. El Mercado se guía por la conducta de los consumidores, no siempre dispuestos a respetar la autonomía, valorar la espontaneidad y sobre todo aceptar lo crítico, a veces, irreverente.

Acaso por esta razón, acota Adorno,

la cultura se ha erizado tempranamente entre tal racionalidad de los fines (administración en el sentido weberiano. FD) ya desde mediados del XIX y la conciencia de ello ha hecho que ciertos artistas de la época del simbolismo y del *Modern Style* (subrayado por Adorno), como Wilde, llaman "cultura" a lo carente de utilidad. Sin embargo, agrega Adorno, entre lo útil y lo inútil rigen en la sociedad burguesa unas relaciones sumamente complejas. (Adorno, 1966: 73)

En un texto escrito y publicado años antes, *Televisión and the patterns of Mass Culture* (1954, California Press, traducido por E.Revol), Adorno había abordado el viejo dilema del arte en términos puntuales:

Sería romántico suponer que antes el arte fue puro del todo, que el artista creador sólo pensaba en términos de la coherencia interna de su obra, sin considerar su efecto sobre los espectadores. En especial, el arte del teatro no puede separarse de la reacción del auditorio. A la inversa, vestigios de la pretensión estética de ser algo autónomo, un mundo por sí solo, perduran incluso dentro de los productos más triviales de la cultura de masas. En realidad,

la actual división rígida del arte en aspectos autónomos y comerciales es en buena medida, por su parte, una función de comercialización. (Adorno, 1954)

Se hace difícil pensar que el lema *l'art pour l'art* fuera por azar acuñado en el París de la primera mitad del siglo XIX, o sea, cuando la literatura se convirtió por primera vez realmente en un negocio en gran escala. Muchos de los productores culturales que llevan la marca anticomercial de “arte por el arte” presentan huellas de comercialismo por la atención que prestan al elemento sensacional o por la ostentación de riqueza material y estímulos sensoriales a expensas de la significación de la obra. Esta tendencia era pronunciada en el teatro neorromántico de las primeras décadas de nuestro siglo.

Adorno nunca creyó en el arte por el arte, pero tampoco en el arte comprometido del realismo socialista. Entre ambos fluctuaba la ambigüedad en la sociedad democrática. No renegó ni del público ni del mercado. El teatro, anota Adorno al pasar, es impensable sin la reacción del público: “Conforme al estudio del sociólogo inglés Watt las novelas inglesas de ese período, en especial las obras de Defoe y Richardson, señalemos el comienzo de una actitud ante la producción que circunstancialmente creó, sirvió y por último controló un **mercado**” (Adorno, 1966: 117) y luego más específicamente agrega:

Este proceso no ha quedado limitado a la cantidad sino que ha dado lugar a nuevas cualidades. En tanto que la cultura popular reciente ha absorbido todos los elementos y en particular todas las ‘prohibiciones’ de su predecesora, difiere de ésta decisivamente en la medida en que se ha desarrollado en un sistema. Así, la cultura popular ya no está limitada a ciertas formas como la novela o la músicaailable, puesto que se ha apoderado de todos los medios de expresión artística. La estructura y el significado de estas formas presenta un asombroso paralelismo, incluso cuando parecen tener poco en común en la superficie (por ejemplo, en el caso del ‘jazz’ y las novelas policiales). Su producción ha aumentado de modo tal que se ha hecho casi imposible eludirlas, e incluso aquéllos que antes se mantenían ajenos a la cultura popular –la población rural, por una parte, y los sectores muy cultivados, por la otra– ya están de algún modo afectados. (Adorno, 1966: 117)

Cuanto más se expande el sistema asimismo a asimilar el arte ‘serio’ del pasado mediante la adaptación de este arte a los propios requisitos del sistema. El control es tan amplio que cualquier violación de sus reglas es estigmatizado **a priori** como ‘pedantería’ y tiene pocas posibilidades de llegar al grueso de la población. El esfuerzo concertado del sistema tiene como consecuencia lo que se podría denominar la “ideología predominante de nuestra época.”

Estas discusiones no son anacrónicas, porque subyacen en el fondo mismo de

la cultura. Pero es preciso actualizar su tratamiento, en un escenario cambiante, en el cual nuevos y decisivos actores se han incorporado con el correr de los siglos primero y con el correr de las décadas ahora.

Podemos tomar algunos ejemplos para organizar estas hipótesis.

Se discute cada vez menos el lugar del cine en las artes y la cultura contemporánea, en consecuencia su derecho natural al mecenazgo estatal.

Hubo momentos en los cuales se suponía que el Estado debía amparar las experiencias propiamente artísticas y dejar al Mercado las llamadas, despectivamente, "comerciales".

Existen filmes experimentales (del lenguaje, lo temático o la tecnología) difíciles de aceptar en los circuitos comerciales de exhibición. Otros, en cambio, son tan crudamente comerciales (por la temática, el tratamiento, etc.) que apenas pueden ser considerados desde el punto de vista estético, como obras artísticas. Sin embargo, las fronteras son lábiles y las zonas grises amplias. Si se analiza el cine de autor, el caso de Buñuel puede ilustrar bien tanto los extremos como las zonas grises. No es el único.

En estas condiciones se comprende con facilidad la necesidad de mantener tanto el apoyo financiero, la promoción por parte del Estado de la actividad cinematográfica, como su necesaria inserción en el Mercado. El cine es un arte/ industria, como el diseño gráfico o industrial, como la televisión, y en esa condición no puede renegar ni del Estado ni del Mercado.

El rol de los premios estatales en las artes plásticas y el significado del mantenimiento de los cuerpos estables de orquestas sinfónicas y conjuntos de danzas clásicas y contemporáneas están fuera de discusión. Pero también es claro que una inserción adecuada en el Mercado termina fortaleciendo la actividad creativa y no a la inversa.

En declaraciones al diario *Le Monde* del 26 de enero de 1996, el nuevo ministro de Cultura de Francia Philippe Douste-Blazy declara: "Si nuestro cine marcha bien es porque es ayudado -por el Estado (FD)-. No hay que desordenar el sistema sino hacerlo evolucionar progresivamente".

Las reglas de juego del Mercado parecen condenar la ayuda financiera estatal para la realización de filmes; se condena el subsidio a la industria, porque carece de justificación en relación a otras actividades industriales. Pero, como se ha dicho, el cine forma parte de las artes del siglo XX y no existe entonces ninguna razón para que -en cuanto tal- no sea subsidiado por el Estado.

Brevemente: no existe distinción neta, en la práctica, entre arte no comercializable y comercializable, industrializable y no industrializable, formando parte o ajeno al aparato productivo (como el diseño). Una zona gris se extiende entre formas experimentales y formas disponibles en el mercado. Tampoco, entre la pura administración estatal y los puros mecanismos de Mercado. Allí se han instalado

en las sociedades contemporáneas las organizaciones públicas no gubernamentales. Han demostrado, por una parte, que el Estado no tiene el monopolio de lo público; por otro, que la sociedad civil puede generar acciones públicas referidas al bien común sin respetar la lógica de la administración, ni la lógica del Mercado. Puede atender eficientemente la equidad y la calidad; la inclusión y la selectividad; el respeto por la innovación y el valor de intercambio comercial; atender a la identidad artística y al aparato productivo: a la zona gris establecida entre Estado, Mercado y Sociedad Civil, se corresponde una institución que se configura como un *mix* con lo mejor del Estado republicano (su carácter público), del Mercado (la eficacia) y la Sociedad Civil: la innovación perpetua.

6. El mundo nuevo, a diferencia del siglo XVI, no es producto del descubrimiento físico, sino de la construcción simbólica. El mundo nuevo será el mundo del reconocimiento del otro, del diferente. No habrá planeta posible sin esta condición: la convivencia entre diferentes, incluidos en sistemas crecientemente complejos.

El Estado-Nación, paradigma de los siglos XIX y XX, comienza a perder soberanía como consecuencia de formas de creciente integración; generará la multiplicación de ciudadanías y de los espacios de acción social.

El nuevo Estado-Región será más descentralizado y simultáneamente más extenso, probablemente menos intenso. Los Mercados tienden a la globalización y las Sociedades Civiles a lo que podría llamarse una modernización teleológica o ética. El rol de la educación y de la cultura crecerá estratégicamente en forma directamente proporcional a estas tendencias. Probablemente, por primera vez en la historia, la nueva civilización planetaria, se construirá sobre la inteligencia educada, de allí el valor estratégico de los sistemas de instrucción formales e informales (Delich, 1992) y culturales.

Ni esta educación emergente ni el orden simbólico que la sostiene pueden ser condenados a los viejos moldes ideológicos, a optar entre antiguas antinomias escolásticas (público o privado, estado o sociedad civil, élite o mercado, tecnológica o humanística), sino repensada desde las zonas grises hacia los extremos. A veces, Descartes no tiene razón.

Notas

- 1 Este trabajo fue publicado originalmente en la obra *Una cultura para la democracia en América latina* (1999), Saúl Sosnowski y Roxana Patiño (comp.), México: UNESCO-Fondo de Cultura Económica.

Bibliografía

ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max (1966), *Sociológica*. Madrid: Ed. Taurus Colección Ensayistas de Hoy.

- ADORNO, Theodor (1954), *Television and the patterns of Mass Culture*. California: California Press.
- (1966), *Televisión y cultura de masas*. Córdoba: Ed. Eudecor.
- DELICH, Francisco (1980), *Historia y Desarrollo; l'homme au dessous de la malle*, Inédito. Presentado a UNESCO. Conferencia de Oulan Botur. En inglés *Civil Society and development*.
- (1992), *La invención de la educación*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba
- (1996), "El Colapso del Estado. Mutación social y multiplicación de Ciudadanía". Para ser presentado al coloquio sobre *Nuevas ciudadanías*. ARELA. Florencia 3-4 de junio de 1996.
- PREBISCH, Raúl (1986), *La crisis del desarrollo argentino*. Buenos Aires: El Ateneo.